

«DE PUNTA EN BLANCO»

UN lector de los pocos que todavía tienen vagar y humor para recrearse en las obras de nuestros clásicos, más olvidados de lo que sería conveniente, me pregunta qué significa la locución que encabezá estas líneas, usada en un pasaje donde no cabe interpretarla con arreglo a las definiciones que ofrece el Diccionario de la Academia. Para éste "de punta en blanco" significa, en sentido recto, "con todas las piezas de la armadura antigua" y, en sentido metafórico, derivado por vía normal de la acepción primera, "vestido de uniforme, de etiqueta o con el mayor esmero". Tiene, pues, razón mi comunicante cuando arguye que esa información no le sirve para entender el texto siguiente, trasladado a la letra, dice él, de una obra de Fr. Antonio de Guevara: "De punta en blanco osar desobedecer al Rey y atreverse a quebrantar la ley téngolo por liviandad y aun diría que por necesidad."

Es evidente que Guevara no nos quiso decir que esos desmanes que condena sean singularmente reprehensibles cuando los comete un sujeto embutido en una armadura o vestido de tiros largos. Debe de haber otra explicación más plausible y la razonaremos más adelante; pero antes vamos a volver sobre las acepciones del Diccionario con el fin de aclarar ciertos extremos.

Si examinamos de cerca la locución "de punta en blanco" advertiremos que en ella se han fundido dos conceptos y las dos fórmulas verbales correspondientes. Primeramente se dijo "armado en blanco", uso que se remonta a mediados del siglo XV—"Entró delante el príncipe ante el Rey todo armado en blanco" (Crónica de D. Pero Niño)—y se continúa, cuando menos, hasta los comienzos del XVII: "Armado en blanco con plumajes de oro" (Balbuena, "El Bernardo"). A esta fórmula corresponden en italiano la de "armato in bianco", de escaso empleo, y en francés la de "armé à blanc", mucho más usual. En todos estos casos parece haber predominado en la imaginación del hablante la blancura resplandeciente del arnés, supuesto al que le cuadran, si no estamos equivocados, estos pasajes: "Proculus afferma qu'il avoit rencontré Romulus armé à blanc d'armes claires et luisantes" (Montaigne); "Craignant... la lueur de leur harnois fourbis à blanc" (Amyot).

La locución "armado en blanco" no la recoge nuestro Diccionario, pero sí la captó Cuervo para el suyo con el significado de "armado de todas armas de pies a cabeza". Y a continuación escribió: "Luego se dijo, y se dice hoy, "armado de punta en blanco", modo de hablar cuya explicación se nos oculta." La que vamos a exponer en seguida no es de propia minerva; lo que sí es fruto de la observación personal es la siguiente consideración: todos los personajes que hemos visto, en francés y en español, "armados en blanco" estaban ciertamente revestidos de cuantas piezas forman el arnés, piezas llamadas con toda propiedad "armas defensivas"; pero no consta que esgrimiesen una espada desnuda ni que llevasen una lanza en ristre, y es precisamente esta idea de las "armas ofensivas" ya dispuestas para la lucha la que pasa a ocupar el

primer plano en la nueva fórmula: "armado de punta en blanco".

Que Cuervo no acertará a entenderla no ha de causarnos extrañeza si pensamos que hace tres siglos y pico, es decir, en fecha próxima al más antiguo uso de la locución que estudiamos, ya se había oscurecido su significado recto para el común de las gentes, por lo menos, y se hacía necesario esclarecerlo. "Ya lo tiene olvidado el vulgo—dice Correas en 1611—que es harta maravilla estando la razón tan a la mano." Armado de punta en blanco—habla el insigne paremiólogo—"quiere decir armado de pies a cabeza con todas las piezas del arnés y las demás armas defensivas y "ofensivas a punto y guisa de acometer y pelear". El subrayado es del articulista y tiene por objeto llamar la atención hacia el nuevo concepto con que se ha enriquecido la locución al incorporarse a ella la palabra "punta".

Se decía, en efecto, que una persona llevaba un arma con la "punta en blanco", fuese o no un caballero revestido de la antigua armadura, tanto si empuñaba una espada "desnuda" como si enristraba la lanza, el chuzo o la pica con la cuchilla "descubierta". Y aun se extendía este uso a otras armas. "Si un hombre va caminando—explica el maestro Correas—con un gorguz o azagaya en la mano, cuando pasa por un lugar le pone en la punta un zoquete de corcho u otra cosa, y así no tiene pena (como) si la lleva descubierta, que es la punta en blanco propiamente dicha."

En apoyo de este aserto trae Correas a colación la diferencia entre espada "negra", y espada "blanca". Esto sí lo registra el Diccionario académico y define la espada negra como "la de hierro sin lustre ni corte, con un botón en la punta, de la cual se usa en el juego de esgrima", es decir, la que tiene la punta cubierta—esto es lo verdaderamente característico y no lo del lustre—como el gorguz o la azagaya, de que habla Correas. También explica el Diccionario que "en blanco", dicho de una espada, significa que está "desenvainada".

No parece, pues, arriesgado suponer que la expresión "armado en blanco", referida principalmente al arnés, se haya cruzado con la de "arma en blanco", para dar así nacimiento a la locución "armado de punta en blanco" con el significado que Correas especifica haciendo hincapié en que comprende no sólo las armas defensivas, sino también las ofensivas, "a punto y guisa de acometer y pelear". Por cierto que la locución que estudiamos tuvo una deformación humorística que merece ser conocida "Por donaire dicen "Armado de tin-

to en blanco", como decir bien bebido."

Y con esto nos despedimos de las dos acepciones conocidas y podemos pasar a rastrear esas otras cuya existencia supone acertadamente mi comunicante. Lo haremos, D. m., en un próximo artículo.

Julio CASARES
de la Real Academia Española

¡LLEGO NUESTRA HORA!

HASTA hace pocos años, la mujer que escribía era algo así como un bicho raro, que en las ciudades de provincias se mostraba a los forasteros como una curiosidad más. Siempre había alguien que comentaba, entre orgulloso y burlón:

—También nosotros tenemos una escritora...

Las personas serias de la localidad atribuían la inspiración creadora femenina a disgustos familiares o a probables trastornos mentales.

—Esta pobrecita—comentaban—, ¿cómo no encuentra novio!

Y también:

—Es que está medio loca, ¿sabe usted?

La Literatura, sin duda por su femenina cualidad, estaba acaparada por los hombres. De este modo podían usar y abusar de la más gigantesca agencia de publicidad que se conoce. Sin posibilidad de réplica ni de controversia, durante varios siglos los hombres fueron descubriendo, inventando a la mujer. Acumularon sobre ella los elogios más galantes, pero también las mayores equivocaciones. Sabían de la mujer más que las propias mujeres. Pero como son tan encantadores y nos admiran tan sinceramente, se les podía perdonar todo. Además... estaban tan orgullosos de su papel de psicólogos, que daba lástima defraudarles. Es verdad que resultaba un poco cargante leer error tras error sobre nuestra manera de ser, y que producía cierta fatiga y bastante estupor que espíritus geniales dijeran tantas tonterías cuando de nosotras se trataba. Pero nuestra posición era bastante cómoda, y sólo la pagábamos con un poco de comprensión y tolerancia. Pero, ¡ay!, las cosas han cambiado bastante de algún tiempo a esta parte. No es que los hombres no nos admiren ya, y mucho menos que no nos quieran. Pero... pero... pero... Ya no somos para ellos aquellas criaturas intangibles, delicadas, espirituales, que tan bien retrataban en sus escritos. Quizá porque como ya hay muchas mujeres que escriben, han llegado a conocernos mejor. Hemos cometido un disparate. Por culpa nuestra, la igualdad de los sexos, esa cosa tan incómoda, ha llegado a ser una realidad, por lo menos en el sufragio, en el autobús y en las oposiciones. Y ninguna nariz femenina, aunque fuese más perfecta que la de Cleopatra, influiría ya lo más mínimo en los destinos del mundo.

Pero hembras conseguido una sola ventaja. Ya no tenemos por qué callar ante los infundios masculinos que nos atañen. No es que yo pretenda ahora rebatir todas las fantasías que los hombres han escrito sobre nosotras. Sería una labor de años, y el tiempo no es buen amigo de las mujeres. Además, una opinión sincera femenina sobre las grandes figuras de la mujer, históricas o literarias, podría hacer tambalearse todo el edificio social y artístico edificado con tantos esfuerzos. Por eso voy a refe-



Dolores de muelas
SU REMEDIO
VERAMON
Schering
No ataca al corazón, no produce sueño ni sensación de calor